JUAN REJANO

FIDELIDAD

DEL

SUEÑO

A

LA MUERTE BURLADA

A MI MADRE, muerta en España durante la guerra. LA MUERTE BURLADA
París-México-1939

... y dejé de mi alma aquella parte
que el cuerpo fuerza y vida estaba dando
GARCILASO

ENARDECIDA SOMBRA

Esta voz, esta sangre que se eleva, abrasándome el aire que respiro, y desnuda sus brazos como espigas en la luz impaciente y va por las penínsulas del sueño, por mares y desiertos, por olvidos, que al nacer se deshojan y recobran la imagen del acero y el rocio; esta voz, esta vida inextinguible, que está en mí porque está en múltiples vidas, y desciende a la noche sin temores, se eleva al sol, erguida joven rama que brotase de un árbol desangrado, y sale de la caja de sus ecos como el ardiente espejo de un silencio que tuviera conciencia;

esta voz, este espíritu constante,
sin memoria escondida entre los hombres,
que avienta las cenizas del corazón más hondo,
anuda en las gargantas
banderas como lágrimas creyentes,
y convoca a su paso sepulcros de ciudades
que nadaban en siglos de madera y engaño,
ya no tiene otros límites
que sus propias raíces.

Buscadla entre la angustia y la esperanza,
entre los verdes líquenes del sueño,
en vuestros dulces llantos virginales
de los que ya ni la memoria os queda;
buscadla por los ríos
que han perdido su nombre al encenderse,
y en la herida final, en las entrañas
de ese cuerpo que abrióse a un cielo yerto
antes que dar un hijo a la mentira.

¿Quién no nonoce el borde de sus huellas?
¿Quién no ha sentido abrirsele la sed de los estios
al divisar su imagen por crestas y llanuras?

Viene de aquella pausa de la muerte
donde crecen los nidos del espanto,
de aquella aurora fugitiva, rota,

en que quiso la muerte hundir su frente
y sólo halló unos ojos como lunas inmóviles
que se posaban más allá del tiempo.
Viene de un horizonte derrumbado,
de aquella inmensa noche caída sobre el alma,
con mil cabezas ciegas negando sus lealtades.

Pero esta voz es una voz en marcha,
un delirio de fe que se hizo ausencia,
porque nunca pudieron convivir en la altura
el perdón que anticipa
sus brazos amorosos como ráfagas
y la envidia que quema los huesos macilentos
por no torcer el curso de su crimen.

Una voz, una herida con un amanecer en sus riberas.